

## ADEMIA O EL DESPUÉS

Marta Cuevas Caballero

Universidad Pablo de Olavide de Sevilla

### BIOGRAFÍA

Marta Cuevas Caballero, de 21 años, estudia actualmente tercer curso de Doble Grado en Humanidades y Traducción e Interpretación en la Universidad Pablo de Olavide. Es actriz y ayudante de dirección en Furor Bacchicus Teatro, la compañía de teatro grecolatino de la Facultad de Humanidades, y miembro colaborador de la comunidad digital de difusión humanística de *La Odisea de la Historia*, fundada por alumnos de la misma universidad. Autora de una novela y una obra de teatro, ambas aún sin publicar, escribió *Ademia o el después* para la categoría de relato corto del XIV Certamen de Creación Joven del Ayuntamiento de Sevilla.

Aquel atardecer las olas parecían sonar más bajas, más apagadas, como si el mar se lamentara, como si guardara luto por los muertos.

Pero los invasores, pensó Ademia entrecerrando los ojos cercados de arrugas prematuras, no sólo se habían llevado a aquella a la que habían venido a buscar. Con ellos se iban también los millares de hombres caídos en combate. Y las esposas violadas y luego muertas, y los niños. Los niños... Por los dioses todos, ¿qué importaban las riquezas expoliadas, la ciudad arrasada, en comparación con ellos? Ademia musitó una breve plegaria por los muertos, con los ojos vidriosos.

Depositó en la arena el ánfora que llevaba, llena de agua del río, y, sintiendo el calor del sol en las plantas desnudas y endurecidas de sus pies, se aproximó al mar, notando cómo el viento agitaba contra sus piernas el peplo raído y sucio, cuya tela había sido alguna vez de color azul muy claro. Lo llevaba

ceñido a la cintura con un cordel gastado de tela negra, deshilachado en los extremos. La brisa agitó el velo negro que llevaba holgadamente arrollado en torno a la cabeza y los hombros. Ademia se mojó las manos en el agua helada, entremetiendo lentamente los dedos en la arena oscura.

Era una mujer de piel bronceada y ojos negros apagados, con grandes ojeras. Los rasgos de su rostro, enmarcado por largas guedejas onduladas de cabello negro que escapaban del velo, eran suaves y delicados. En conjunto podía decirse que Ademia transmitía una belleza triste.

Hacia sólo dos semanas que las ruinas de la ciudad humeaban. Ademia había perdido a su esposo y a su hijo de cinco años, ambos muertos en aquella fatídica noche de falsas celebraciones. Había logrado escapar de la brutalidad del saqueo y de las violaciones masivas, perdiendo todo lo que poseía, y junto con otras nueve mujeres había huido, sin que nadie lo advirtiera, del apresamiento que los militares vencedores habían ordenado para llevárselas como esclavas, justo antes de prender fuego a la ciudad.

Pero pasados dos días de la partida de los barcos, doce soldados habían aparecido inesperadamente en el refugio que ellas trataban de construir: su ejército se había olvidado de ellos, marchándose mientras dormían borrachos tras el saqueo. Ellas los odiaban, pero se

habían sometido por temor. Únicamente Ademia se había dado cuenta de que la intención de aquellos locos, y sobre todo de su líder, un oficial procedente de Caria llamado Agesilao, era reconstruir la ciudad.

No disponían de medios para marcharse, porque el viaje era largo; habían perdido a su ejército, que era su única fuente de protección mientras estuvieran tan lejos de sus hogares. Ya que se encontraban allí, y sin otro impedimento, decía Agesilao, se proponían levantar de nuevo la ciudad arrasada. Pero Ademia sabía que no era un simple capricho: no tenían otra opción para sobrevivir, ninguna posibilidad a largo plazo, que tratar de reconstruirla, por quimérico que pareciera hacerlo con sólo doce hombres. Lo que no se les había ocurrido pensar era que aquellas mujeres, a las que un ejército no había logrado separar de su tierra y sus raíces, no estaban dispuestas a ver florecer la ciudad de nuevo por las manos de aquellos que la habían destruido segando tantas vidas inocentes.

Ademia apretó la arena mojada entre sus manos enterradas y luego las sacó, limpiándose en el agua. Recogió un poco del líquido, juntándolas, y después lo dejó escapar lentamente entre los dedos, como si hiciera una libación. Se refrescó la cara para limpiarse las lágrimas, oró una vez más por su marido y su hijo y se incorporó.

Sin importarle la arena adherida al peplo húmedo que ahora se le pegaba a las piernas, caminó con lentitud hasta el ánfora, la recogió y emprendió el camino de regreso a las ruinas, tierra adentro.

Agesilao y sus hombres cazaban, trataban de formar rebaños de animales salvajes o reforzaban el refugio de madera y escombros, y asignaban a las mujeres las tareas domésticas, principalmente cocinar y limpiar sus corazas y sus armas. Ademia había ido por agua al río y se había desviado paseando hacia la playa por la que los enemigos habían llegado hacía tantos años. El líder de los hombres, desconfiado, desaprobaba sus largas ausencias, sabiendo que Ademia era la única que se oponía abiertamente a ellos, pero a ella le daba igual. Le gustaba retirarse allí cada mañana. Nadie, pensaba con odio, y menos uno de aquellos hombres, iba a privarla del rato que pasaba sola y a la vez en compañía de las dos personas a las que había perdido.

Solía perder la noción del tiempo en el largo rato que tardaba en regresar. El ejército había talado todos los árboles para pasar, y la tierra era yerma y seca. A medida que se iba alejando de la costa, el calor iba aumentando ligeramente. Pasado un trecho de camino, y ya relativamente cerca de las ruinas, se detuvo, descansó un poco dejando el ánfora en el suelo y miró alrededor.

Se encontraba en una llanura amplia hasta donde alcanzaba la vista, con los restos de la urbe humeando al fondo. El suelo terroso y cuarteado aún tenía marcas de los miles de pies que lo habían transitado. Aquí y allá había todavía telas polvorientas y andrajosas abandonadas en el suelo, como con prisas, y se alzaban, con restos de cuerdas colgados, palos y varas que habían servido para dar forma a las tiendas que habían ocupado aquel lugar hacía sólo algunas semanas.

Siguió andando y llegó ante la antigua tienda del general del ejército, una de las que habían albergado a las mujeres capturadas justo antes de la partida. La tela estaba medio enterrada en la arena. Le llamó la atención un bulto que se destacaba en un extremo. Se acercó y retiró con esfuerzo el trapo pesado y rígido, sacudiéndole la arena. Debajo había una sencilla banqueta de madera oscura y gastada, de trespatas.

Ademia se arrodilló, acariciando la madera con una mano áspera. Sabía que se trataba del pobre asiento que la anciana reina, muerto su esposo, había usado para apoyar sus cansados huesos, rodeada de mujeres que la servían y velaban por ella. Ademia recordaba haber pedido, en los últimos días de resistencia de la ciudad, antes de escapar de los soldados, un asiento para ella, en una ocasión en la que había tropezado y quedado desmadejada en el suelo, abrumada por la muerte del príncipe heredero. Alguna otra mujer había ido a buscar entre las casas regresando con aquella sencilla banqueta. La guerra, pensó Ademia con amargura, igualaba a los seres humanos en la desgracia hasta el punto de hacer sentar en un humilde taburete, llevando un peplo harapiento, a quien había sido una poderosa y aclamada reina que se sentaba en un trono y comía en vajilla de plata.

Cerró los ojos y se abrazó unos segundos al taburete, en silencio. Conteniendo de nuevo las lágrimas, deseó que la soberana se encontrara bien allí donde estuviera. Que los dioses velaran por ella ahora.

Se había levantado una brisa cálida. Aún abrazada a la banqueta, de pronto Ademia se sobresaltó al notar un ligero roce en el brazo. Era una larga cinta de tela blanca sucia. Se volvió, notando como si aquello hubiera sido una extraña señal de los dioses. Más allá, sobresaliendo también de los restos de la tienda, había un amasijo de las mismas cintas blancas. Ademia las retiró; estaban algo enredadas, pero al levantarlas, el viento las movió como si fueran un nudo corredizo, de un modo sinuoso, casi sobrenatural. Había algo bajo ellas. Eran un par de antorchas de aspecto votivo, con largas astas de madera forradas de bronce y acabadas en coronas de afiladas puntas que parecían diseñadas para cortar las llamas. Las rodeaba una pequeña guirnalda de hojas de laurel ya marchitas... De pronto Ademia se dio cuenta de que aquellos objetos, en combinación con las cintas blancas de movimiento ondulante, ejercían una curiosa atracción sobre ella.

Sin darse cuenta alargó una mano hacia las antorchas, notando por una milésima de segundo el tacto extrañamente frío del metal en su piel...

*—¡Oh Himen Himeneo Himen! ¡Luz de antorchas traigo! ¡Vamos, dárdanas, acompañadme, cantad, saltad de júbilo como yo! ¡Oíd, oíd todas! ¡Voy a casarme, con un extranjero, con el destructor de ciudades me desposarán, a mí, a la sacerdotisa de Apolo! —gritaba fuera de sí la profetisa, vestida con un peplo blanco inmaculado con cintas, danzando por entre las cautivas congregadas ante la tienda, moviendo casi hipnóticamente las antorchas nupciales que llevaba en las manos, la frente ceñida por una corona de laurel. Se paró ante su madre, la reina, un momento, y bajó las teas—. A mí, ¿oís?, a la sacerdotisa, a la virgen de Apolo, van a arrebatarme mi falsa castidad casándome con un rey... —dijo en voz más baja, entre jadeos, con ojos relucientes, de brillo indómito, enmar-*

*cados por el pelo rojizo largo y revuelto. Escapó de dos soldados que iban a sujetarla y continuó bailando—. ¡Eván evohé! ¡Apolo, mi señor... Apolo, Dionisos, Apolo, Dionisos, Apolo, Dionisos! ¡Himeneo! ¡Vamos, madre, deja de llorar y únete a mí, bailemos... Uníos, teucras! ¡Uníos, frigias de hermosos peplos! ¡EVÁN EVOHÉ! ¡Cantad himnos, aclamad a Himeneo y a mi esposo...!*

Y caía a tierra, súbitamente desposeída de su éxtasis báquico, y continuaba bramando, anunciando desgracias y forcejeando mientras los soldados se la llevaban, entre los llorosos ruegos de la soberana, abandonadas las antorchas, las cintas blancas y el laurel...

*—Yo no viviré mucho tiempo más, ¡pero vosotros, malditos, tampoco! ¡Pues la casta Atenea vengará el ultraje que se cometió contra mí en su templo, y pagaréis en Eubea todos por uno solo! ¡Tú, el odioso artífice de nuestra desgracia, habrás de sufrir mil calamidades para regresar a tu patria! ¡Al mismísimo Hades descenderás, y mil desgracias más tendrás todavía en tu morada al regresar! ¡Ilienses! ¡No os lamentéis por mí, pues aunque en tierra extranjera muera y devoren las fieras mi cuerpo mancillado, llegaré a los infiernos habiendo destruido a los hermanos que trajeron la muerte a nuestra tierra...!*

Ademia retiró con rapidez la mano, sobresaltada por el último chillido de la joven como si saliera de un largo sopor, aterrada por la nitidez de la visión que había experimentado en pocos segundos. Ahora comprendía que las antorchas y la corona eran de una de las hijas de la reina, de singular hermosura, sacerdotisa del dios Apolo, de la que se decía que el culto al dios la había vuelto loca haciéndole creer que podía ver el futuro. El general invasor la había escogido para sí como concubina, terminando de quebrantar su virginidad ya ultrajada por otro soldado en el templo de Atenea. Ademia tocó con un dedo el interior de la corona metálica de una de las antorchas: todavía tenía aceite, que se le pegó al dedo. Sintió escalofríos. ¿Por qué había visto aquello? ¿Era el pasado... o el futuro?

Se levantó del suelo y cubrió rápidamente aquellos objetos con la pesada tela. Compadecida de la pobre profetisa, oró a Apolo por ella. Sin saber por qué, tuvo el presentimiento de que estuviera donde estuviera, ya no sufría.

Continuó penosamente su camino por el destartalado campamento abandonado, aproximándose cada vez más a las piedras desordenadas que eran lo que quedaba de la ciudad. En un rincón apartado, justo delante de lo que había sido la gruesa muralla exterior de la ciudadela, había un túmulo de piedras y escombros amontonados.

Se acercó a la tumba y contempló las piedras en silencio. Lamentaba la muerte del pequeño que había sido la alegría de la reina y de las princesas, pero aquel túmulo tenía otro significado más profundo para ella. Tras la fatídica noche del incendio había podido enterrar a su marido, pero le habían arrebatado el cadáver de su hijo y no sabía su paradero. Por eso ofrecía todos los días, como aquel, una libación de agua pura sobre la tumba del niño. Pero lo hacía por los dos: por el que estaba allí enterrado y por su propio hijo, se hallara donde se hallara. De nuevo, mientras tomaba agua del ánfora con las manos y la vertía con deli-

---

<sup>1</sup> Pasaje basado libremente en los versos 308-340 y 430-460 (aprox.) de Τρωάδες de Eurípides.

cadeza sobre las rocas, se le velaron los ojos con las lágrimas.

Se dejó caer en el suelo sin fuerzas, y se echó atrás sobre los hombros el áspero velo oscuro. Y meciéndose suavemente, la cabeza gacha y las mejillas brillantes, comenzó a cantar con voz queda, casi un susurro, aquella canción de cuna que siempre le había cantado a su pequeño antes de ir a dormir.

Duerme, vida mía,  
déjate arrullar.  
En el mundo de los sueños  
y la libertad,  
si encontraras a los dioses  
te bendecirán...

Alrededor, el cálido viento arreciaba. Pasados unos minutos, la mujer se alzó y continuó lentamente su camino hasta el refugio, al abrigo de lo que quedaba de la muralla.

Transcurrido el almuerzo, tan frugal como siempre, los hombres salieron a cazar, y ordenaron a las mujeres que tuvieran la cena lista para su regreso.

Sólo Íole, que se estaba curando de una fractura en una pierna y que aquel día se encontraba algo débil por el calor, estaba sentada en un rincón. Ademia logró hacerle beber agua de un cuenco de madera, y le refrescó la frente, hablándole con suavidad.

Luego dejó el cuenco de madera en el suelo con un golpe seco.

—Dejad esos cacharros —dijo ella con voz hastiada. Se puso en pie—. Parad de trabajar, todas. Ya hemos hecho suficiente por hoy. —Exhaló con cansancio el aire contenido—. Descansemos, caminemos hasta la playa. Hace buena temperatura.

Las demás la miraban como si se hubiera vuelto loca. Febe, conocida en el grupo por su prudencia y recato, despegó los labios.

—Pero nos han ordenado que preparemos la cena, Ademia. Si regresan y no nos encuentran aquí...

Las demás expresaron su inseguridad con murmullos. Ademia dio sólo una palmada, y se hizo el silencio.

—Miraos. Estáis exhaustas, acabáis de dejar atrás una guerra que os ha arrebatado todo lo que teníais. Y estos miserables nos tienen esclavizadas, aunque no nos lo digan. Nos han vendido esa idea de procrear, de fundar con ellos una nueva urbe, pero no somos más que sus sirvientas. —Hizo una pausa. Ninguna dijo nada, pero Ademia sabía que estaban de acuerdo con ella—. Sé que ahora mismo no tenemos nada, incluso que ellos nos ofrecen en cierto modo protección, pero tenemos que ponerles límites. Ya hemos aguantado suficiente. Tomémonos un respiro, os lo ruego.

Algunas desviaron la mirada hacia el suelo. Una voz débil se alzó.

—Yo voy —dijo Íole, haciendo un intento de levantarse. Aclis y Carisa se apresuraron a acercarse, alcanzándole un báculo tosco de madera y permaneciendo cerca para ayudarla a caminar. Ademia forzó una frágil sonrisa de ánimo. Y una a una, todas fueron dejando cuchillos y cuencos en el suelo y levantándose.

El trayecto hasta la playa fue al principio tenso y silencioso, como si una nube de temor envolviera al grupo. Pero luego fueron surgiendo débiles intentos de conversación, de las cosas más triviales, más inocentes que se les ocurrían a todas: sueños felices, deseos, débiles esperanzas. Cada paso, cada palabra las alejaba de la crudeza de su realidad, y por un rato no hubo guerra ni ciudad destruida. Por un rato hermoso, no hubo un después.

En la playa, se sentaron en la arena, al abrigo de un acantilado, sin dejar de conversar. Algunas contaron historias alegres, graciosas, recordaron los tiempos felices como si nunca se hubieran ido. Laia extrajo una pequeña flauta de entre los pliegues de su peplo, y la dulce Cinara entonó hermosas baladas. Y todas se unieron a ella, cantando canciones jocosas, divertidas, haciendo un tenaz esfuerzo por obtener una inyección de alegría que hacía semanas que necesitaban. Y llegaron las risas, las carcajadas, y todas se sintieron bendicidas por los dioses, por haber conservado la vida y seguir en su tierra, e intuyeron que su destino aún podía ser favorable.

Ademia abandonó luego el grupo, sonriendo, y se introdujo poco a poco en el mar para darse un baño, experimentando con calma el contraste del agua helada contra su piel caliente. Sumergió la cabeza un instante y luego se tomó su tiempo para relajarse flotando, abandonándose a las olas y escuchando su propia respiración. Las mujeres seguían cantando y riendo, y ella dio gracias a los dioses por aquel rato de breve felicidad para todas.

De pronto descubrió unas figuras oscuras que se acercaban al grupo, rodeándolo. Agesilao y sus hombres. Helada de pronto, nadó con rapidez hacia la orilla, y corrió hacia sus compañeras por la arena.

Cuando Ademia se paró desafiante ante él, Agesilao le propinó sin previo aviso un brutal puñetazo en la cara. Ella cayó hacia atrás y se golpeó la nuca contra el suelo, mientras las exclamaciones de miedo de las mujeres y las risotadas de los guerreros aumentaban. Notó la claridad del sol a través de los párpados cerrados, y la sangre deslizándose desde su nariz en una aparatosa hemorragia.

—Levanta. —Ella no reaccionó—. Álzate y enfréntate a mí, vamos. ¿Esto es todo lo que puedes hacer? ¿Sólo puedes oponerte a nosotros con silencio y huidas cobardes?

Ademia seguía sin moverse, tratando de normalizar su respiración con los ojos cerrados. Él se inclinó hacia ella por detrás y le dijo en voz baja pero audible:

—Vuestra ciudad renacerá bajo nosotros. Y una pobre mujer sin marido como tú no podrá impedirlo.

Se incorporó trabajosamente, aún aturdida, y se puso de rodillas, tanteando el suelo casi sin ver, sintiendo como si la cabeza fuera a partirse en dos. Unos pies metidos en sandalias se pararon ante ella.

—Levántate —dijo Agesilao con suavidad, y ella, que miraba al suelo, inmóvil, intuía una sonrisa socarrona en su expresión—. Levántate —repitió, y la agarró por el pelo, obligándola dolorosamente a alzar la cabeza. Ademia lo vio llevarse una mano bajo el faldellín, con expresión lasciva—. Que esto que vais a ver ahora sirva de lección para todas vosotras. Veréis qué ocurre cuando una mujer descuida sus obligaciones y se rebela contra el hombre.

Ademia sintió que un sudor frío se mezclaba sobre su piel con el aguasalada.

—No serás capaz...

—La verdad es que ese peplo mojado te hace bastante apetecible —rio Agesilao, haciendo ademán de inclinarse hacia ella.

A Ademia aún le costaba respirar, por la brusquedad de la caída. Oía sollozos. Miró a sus compañeras, agarradas por los soldados, con la mano de él aún aferrada a sus cabellos. Se había roto el hechizo.

Algunas mujeres lloraban de miedo. Cinara, que hacía algunos días que tenía pesadillas debido a la actitud insinuante y lasciva del guerrero Evante, que la acosaba si la encontraba sola; Cinara, siempre atormentada, temerosa, sufriente. Íole... Habiendo perdido a sus dos hermanas, llevadas como esclavas por los vencedores, y a sus padres, su marido y su hijo abrasados en el incendio, hacía mucho que Íole había perdido la esperanza y las ganas de seguir luchando. Todas se mantenían vivas gracias al odio que profesaban a aquellos hombres, pero la serena Íole, incapaz de albergar emociones negativas, se había rendido ya.

Ademia continuó dejando resbalar sus ojos por todas ellas. Aclis y Disis, sacadas por la fuerza de sus casas después de ver morir a sus familias. Carisa, cuya madre, única familia que le quedaba, había sido esclavizada. Higinia, Laia y Febe, hermanas violadas y heridas que habían perdido hijos y maridos. Ía, la más joven, que aún tenía quemaduras y laceraciones producto del incendio y de su huida desesperada de la captura de esclavas. Mujeres de vidas destrozadas por la guerra.

Ademia sintió en el rostro la brisa cálida que removía suavemente la superficie de la arena, miró el cielo azul, recordó los árboles verdes que un día habían rodeado su hogar. La hermosa y fecunda tierra de sus antepasados, cuna de grandes reyes.

Notó que una imparable furia crecía en su interior con el recuerdo de las injusticias. Agesilao permanecía de pie ante ella, y súbitamente Ademia se levantó, apartó de un fuerte golpe la mano de él y le arrebató la espada de bronce de la vaina que pendía de su cintura, poniéndosela sobre el hombro, pegada al cuello.

Las mujeres gritaron, y algunos hombres corrieron hacia ambos, pero Agesilao alzó una mano para detenerlos, sin dejar de mirarla. Un fino hilo de sangre corría por su cuello hasta el pecho.

—Los hombres. Los hombres... —susurró Ademia por entre los dientes apretados, temblando—. Sólo los hombres pueden hacer la guerra. Lo dicen leyes no escritas. Curioso. Tal vez si las mujeres nos hubiéramos ocupado de la guerra, nuestra ciudad aún seguiría en pie, ¿no crees?

Agesilao permanecía en silencio, mirándola fijamente.

—Nunca, ¿me oyes?, nunca reinaréis aquí. Porque nosotras nos hemos quedado para impedirlo en la tierra de la que no lograsteis arrancarnos. —La ira fría, mezclada con una inexplicable congoja, seguía creciendo, y sus manos temblaban aferrando la empuñadura—. ¿Asustado? Aprendí bien observando a mi esposo antes de que lo matarais. Por todos los dioses, debería matarte a ti también ahora...

Permaneció un largo minuto en silencio, sosteniéndole la mirada al líder de los hombres, queriendo asestarle el golpe mortal. Hasta las mujeres, los soldados, hasta el viento callaba.

De pronto una mano se posó sobre su hombro.

—Basta, Agesilao. Prometiste que no nos tocaríais. Nosotras responderemos por su falta.

Se volvió sin sobresalto. Era Íole. Ademia vio en el fondo de sus ojos oscuros una fuerza inexplicable, casi ajena a ella. Vio un destello blanco y unas antorchas danzantes...

—No más sangre —dijo Íole, y era la voz de la profetisa de Apolo—. No hoy, Ademia.

Oír su propio nombre la devolvió a una realidad de la que había escapado involuntariamente. Había agradecimiento y respeto hacia ella en los ojos de todas. Recordó sin saber por qué la piel áspera, la barba bien cuidada, la sonrisa, las caricias, el sonido de la voz de su esposo. Recordó el olor del pelo de su hijo, sus pequeños brazos abrazándola, sus carreras infantiles, sus carcajadas alegres.

“Mi amor... Mi pequeño.” No podía, no podía matar a Agesilao.

De pronto, estaba cansada, terriblemente cansada. La espada de bronce resbaló de sus manos y cayó a la arena con un ruido metálico. Se derrumbó sobre sus rodillas.

Y encogida sobre sí misma, sollozó desgarrada y largamente. Las olas, que parecían haberse detenido, contenidas, durante aquellos angustiosos instantes, volvieron a romper sobre la playa. Ellas cerraron los ojos, ellos volvieron a respirar.

Pero Troya callaba.

ademia o el después

*¡Ojalá el rayo de Zeus  
caiga sobre el barco de Menelao  
cuando me arranque de mi Troya  
para hacerme esclava de los griegos!  
¡Que Menelao nunca alcance Esparta!  
Desafortunado ha sido  
su matrimonio para Grecia.*

(Adaptación de *Las troyanas* de Eurípides)

Dedicado a todos aquellos que han sufrido y sufren los horrores de las guerras.